

## CAPITULO XXII.

## LAS ALAS DE AMOR.

Cada día mas obcecado el gobierno en su tiránica conducta, conculcaba todos los principios constitucionales, sin mas norte que el capricho de la *influencia secreta*, cuyo afan se cifraba al parecer en avasallar todo á la sombra de la régia magestad, á quien halagaba con la esperanza de dar á su corona toda la supremacia del poder absoluto.

Las prisiones se aumentaban de día en día.

Nadie estaba ya seguro en el hogar doméstico; una falsa delación separaba al mas inocente ciudadano del seno de su familia y le hundia en la oscuridad del calabozo.

Las noticias que se habian recibido de los deportados en las anteriores cuerdas eran sumamente desconsoladoras.

Unos habian sido conducidos á Ceuta ó Melilla, otros al Peñon de la Gomera, y á Chafarinas muchos de ellos.

Allí se les trataba con igual ó mayor severidad que á los demas

presidarios que estaban cumpliendo sus condenas por grandes crímenes, por delitos atroces plenamente justificados y á consecuencia de sentencias pasadas en autoridad de cosa juzgada.

En aquellos ominosos tiempos tenia igual significacion para el castigo el fallo de un tribunal competente, al dicho del mas vil de los esbirros, á la delacion de un cualquiera escitado por la venganza, al mas soez individuo de la ronda de capa que apetecia aparentar de este modo su activo celo, y granjearse el aprecio de sus dignos superiores.

No se deslizaban cuatro dias sin que se anunciase la salida de una nueva cuerda.

Los presos eran generalmente conducidos primero á las prisiones de San Martin, en cuyo edificio estaba entonces el gobierno de la provincia.

Cuando habia un número suficiente, desde este local se les trasladaba á la cárcel de Côte ó al Saladero.

Mas ¿cómo se les trasladaba?

La pluma se resiste á describir tan inaudita barbárie, tratándose de ciudadanos beneméritos cuyo crimen consistia en haber pertenecido siempre á las filas de los mas decididos defensores de la libertad.

¡Horrorizaos, lectores!

Todos los presos eran emparejados y amarrados réciamente con sogas de esparto, sin atender á categorías, ni clases, ni edades; por manera que muchas veces ligábase el brazo de un venerable anciano, que acaso habia sido coronel, magistrado, gefe político, diputado á Cortes, escritor público, con el de un rapaz andrajoso, sin mas antecedentes que el habersele antojado á un polizonte mandarlo á viajar de orden superior ó por capricho propio.

Llegó la noche del 5 de junio.

Desde las prisiones de San Martín fueron trasladados á la cárcel de Corte 18 presos. Entre estos infelices, porque infelices son todos los que sufren aun cuando no pertenezcan á las clases desvalidas, habia acreditados comerciantes, propietarios honrados, abogados famosos, magistrados respetables, é ilustrados escritores.

Cuando llegaron á dicha cárcel, colocáronse los mas en el departamento llamado *de alcaldía*, que se divide en varias reducidas piezas, y hubieron de colocarse cuatro, seis y aun ocho en cada una de ellas por el crecido número de presos que allí existian, la mayor parte á consecuencia de sus opiniones políticas.

Aquella incómoda morada, se consideraba como distinguida, pues solo era permitido ocuparla á los que satisfacian siete reales diarios, de modo que cada aposento de aquellos, de diez piés en cuadro, sucio y mal sano por su fétida humedad, rentaba de 28 á 56 reales por dia.

Pero aun los verdugos de la humanidad creian que los inquilinos de aquellos cuartos eran demasiado felices, y en breve cundió la noticia de que con otros presos que existian en la cárcel del Saladero iban á salir para Valencia, en cuyo Grao se les embarcaria para la isla de Ibiza, á donde ya habian destinado otra cuerda.

Tan pronto como se supo esta fatal nueva, pusieron los interesados en juego todos los medios imaginables para ver de librarse de la deportacion.

Pero ¿de qué medios podian disponer aquellos infortunados, cuando sus mas íntimos amigos, sus mas cercanos parientes se negaron terminantemente á interceder por ellos, recelosos de que esta intercesion no produjera mas resultado que ser tambien ellos comprendidos en la deportacion?

Unicamente las esposas, los padres, los hijos, los buenos hermanos tenian valor, no para interceder por ellos, porque sabian que toda súplica á los tiranos, agravaba la situacion y aumentaba el número de las víctimas, sino para visitarles y consolarles del modo que su ternura les sujeria.

Alguno que otro amigo se atrevió á visitar á tal ó cual preso, y bien podia este asegurar con toda conviccion que habia recibido la visita de un amigo verdadero.

En la noche del 7 se les notificó que estuviesen prontos para emprender definitivamente su marcha en la madrugada del dia siguiente.

A consecuencia de esta fatal comunicacion, se proveyeron todos de maletines, donde guardar lo mas preciso de ropa, supuesto que tambien se les previno que el viaje se haria á pié y que cada uno habia de llevar su lio.

Los mas se proveyeron tambien de sombreros blancos de fieltro con grandes alas.

A esto se reducía el uniforme de los deportados.

Operacion difícil seria querer ahora describir detalladamente las tiernas escenas parciales que allí ocurrieron entre aquellos españoles sin ventura y sus desconsoladas familias.

Aquella misma noche recibieron los presos otra comunicacion oficial en que se les prevenia la suspension de la marcha.

La alegría que esta inesperada nueva produjo en los interesados, solo puede hacerse comprender manifestando que fué tan grande, como acerbo habia sido el dolor en los momentos en que creian iban á separarse de los objetos de sus mas dulces afeciones.

Lisonjera esperanza reanimó todos los semblantes.

«Tal vez no se llevará á efecto nuestra deportacion» se decian mutuamente, y el gozo les hacia olvidar la triste situacion en que se hallaban.

Tan cierto es que las mayores desventuras suelen convertirse en felicidades, cuando sufren el cotejo de otros infortunios mas lastimosos.

El que carece de un ojo lamenta su desgracia, olvidando que el pobre ciego se creeria muy dichoso con recobrar la mitad de su vista.

Los presos cotejaban las amarguras de la deportacion con su estancia en la cárcel, y esta estancia que tan cruel les habia sido, parecíales deliciosa, porque en ella recibian el consuelo de ver á una esposa fiel, de acariciar á sus hijos, de estrechar en sus brazos á una madre adorada, á un anciano padre...

Esta reflexion en pos de los temores de perderles tal vez para siempre, colmaba su alegría.

Mas ¡ay! ¡cuán efímero habia de ser este supremo gozo!

Los encarcelamientos no cesaban.

Los calabozos semejaban colmenas; ya no habia donde colocar tantos presos.

La libertad que se concedía á los que deseaban ver á los que ocupaban el departamento de alcaidía y el de correccion, único solaz que tuvieron los que no se hallaban incomunicados, era causa de que aun cuando solo los mas próximos parientes y algun buen amigo visitaban á los presos, todo el dia estaba lleno de gente aquel lóbrego recinto.

Esta circunstancia proporcionó la fuga, por el medio mas ingenioso y particular, á un jóven que sin duda alguna hubiera sido deportado.

Es un incidente asaz romántico, que creemos interesará á nuestros lectores.

Era el tal jóven de corta estatura y de regulares y agraciadas facciones. Su amada habria leído, á no dudarlo, la historia de Garci-Bermudo, y se propuso imitar el heroismo de la esposa de este personaje de la edad media.

Con este intento, verdaderamente laudable al par que atrevido, llevó á la cárcel un traje completo de mujer.

El preso, de antemano, como que estaba de acuerdo con su querida, habíase afeitado el vello de su naciente bigote y la escasa patilla que comenzaba á sombrear su megilla sonrosada.

No habia salido de su cuarto para evitar que notasen el mejoramiento de su rostro, que era verdaderamente el de una interesante rúbia.

Llegan á sus manos los atavíos femeniles, hace su *toilette* con la elegancia propia de una coqueta, y apoyado del brazo de un amigo suyo, se pasea por el corredor de la alcaidía para que le viesen los porteros y carceleros.

La gracia española con que manejaba el abanico, unida á sus finas facciones y á su esbelto talle, hizo que todos le tuvieran por una señorita hermana de alguno de los presos, y no hubiera dejado de recibir los piropos que se prodigan á las hermosas, si el acompañante no infundiera respeto á los que se sentian flechados por los ojuelos de aquella improvisada huri.

Antes de anochecer decidióse por fin á salir de la cárcel en compañía del caballero que fingia obsequiarla.

Aproxímase á la puerta del rastrillo con la zozobra que es de suponer, si bien cobijada bajo el velo del mas diestro disimulo, y se les franquea sin el menor inconveniente.

Alentados por su buena fortuna en estos primeros pasos, siguen animosos y ningun obstáculo se les presenta.

Llegan á la calle, donde un coche les esperaba, entran en él, y vuela este como un relámpago hasta que la encantadora virgen depositada en el hogar doméstico, recobró sus varoniles formas, sin duda para no dar un que sentir á su amada, que le queria hombre mas bien que rival de su belleza y coquetería.

Mientras los afortunados amantes celebraban aquel triunfo de la manera que les sujeria su acendrado amor, llegó para los carceleros la hora de la requisa.

—¡ Un preso falta! —esclamaron los cancerberos.

Pasaron inmediatamente lista, súpase quién era el evadido, se le buscó infructuosamente por todas partes, y se dió conocimiento á la autoridad superior.

Esta hizo á su vez cuantas diligencias creyó oportunas para averiguar el paradero del travieso desertor; pero todo fué en vano, y aquel dichoso jóven burló la vigilancia de sus verdugos.

De una Sílfide el valor  
prestó á su amador las alas,  
y el venturoso amador,  
con las mujeriles galas,  
voló en alas del amor.



### CAPITULO XXIII.

#### TREMENDA REVELACION.

Mas de un mes hacia que la marquesa de Bellaflor habia perdido toda esperanza de salvar á su desgraciado padre, porque el pronunciamiento del 7 de mayo, que habia fracasado como el del 26 de marzo, hizo mas inexorable al gobierno de la dictadura.

En vano se interesaron en favor del honrado padre de María las personas mas notables de la córte.

El arquitecto Godinez habia de cumplir su condena en uno de los presidios de Ultramar, y no tardaron sus desolados parientes en darle el último adios.

A media noche supieron un dia sus hijas que iba á salir en una de las fatales *cuerdas* que á tantas y tan beneméritas familias de Madrid dejaban en el mas angustioso desconsuelo.

Don Fermin del Valle tuvo noticia de que el infortunado Godinez y otros honrados patricios, recientemente atados como los galeotes que van á cumplir en los presidios la pena impuesta por